

feminidad o el sexo como condición específica

Por María Aurelia Capmany

MUY a menudo me han llamado para tomar parte en coloquios, mesas redondas, debates sobre la cuestión femenina, y ha dejado ya de sorprenderme la aparición de un ginecólogo, un psiquiatra o un sacerdote como expertos en cuestiones de feminidad. No hay duda que esta apelación casi automática a la medicina y a la religión, cuando se trata de hablar de la mujer, significa que aparecerá como tema constante la moral sexual y que, sin duda alguna, nos encontraremos ante el frágil equilibrio entre comportamiento decente (aquél que conviene a la sociedad) y comportamiento sano (aquél que conviene al individuo).

Cuando nos ponemos a hablar de la mujer se establece una inmediata relación con su sexualidad. Y no me refiero a la cualificación genérica que aparece tanto en el carnet de identidad del varón como de la hembra, me refiero al hecho que toda consideración vendrá directamente derivada de su diferenciación sexual. Sólo la mujer escribe en su carnet de identidad: **Sus labores**, que no significa otra cosa que **labores propias de su sexo**. Y, en España, a toda mujer que no demuestre lo contrario se la supone de profesión sus labores. En cierta ocasión en que yo declaraba «las generales de ley», antes que tuviera tiempo de especificar mi profesión, a un ritmo veloz, la máquina había escrito la consabida expresión sintetizada. Lo encontré sintomático y divertido y pedí, encarecidamente, que se me permitiera añadir que las labores propias de mi sexo eran la enseñanza de la Filosofía, la confección de novelas y de algunas piezas teatrales. Me hubiera gustado sentar este precedente, pero no lo logré, y se especificó simplemente: profesora.

La expresión **sus labores**, deriva-

das necesariamente de su sexo, indica el comportamiento social de la mujer española y la cualifica como perteneciente a una clase —la clase media y alta—, sin detallar cómo ejerce su sexo, que varía según el poder económico del padre o del marido, e incluye manifestaciones tan variadas como fregar los platos, amamantar un niño, lucir un collar, batallar con el servicio, satisfacer al marido, ir a la compra o veranear tres meses al año, etcétera, etcétera.

La sexualidad, es decir, la inmanencia en el sexo, es, pues, la condición femenina, y ella escapa a su propia condición cuando asume cualquiera de las profesiones ya inventariadas por el sexo masculino, incluso en el caso en que estas profesiones hayan sido abandonadas por el hombre a causa de su baja rentabilidad.

La identificación **mujer-sexualidad** deriva naturalmente de una cosmovisión falocéntrica y no es privativa de las tierras hispanas, pero en España el varón manifiesta su esencial punto de vista en forma de piropo callejero y en forma de galantería más o menos agresiva en las clases elevadas. El piropo callejero le recuerda a la mujer su condición de hembra y, en una gama de adjetivos y frases, que oscilan desde simples demostraciones de ingenio a las más soeces proposiciones, el hombre de la calle da rienda suelta a su básica agresividad.

A medida que se eleva en la escala social y se hace portador de cultura, el varón español matiza el piropo desmelenado y sabe recordarle a la mujer su condición específica, su particular manera de ser representando la especie, particular manera de ser que le ahorra ejercer la condición de persona y tomar la palabra en la asamblea. Las anécdotas que ilustran la tendencia del hombre culto español a

comportarse como un peón caminero son abundantes. Margarita Nellen recuerda de su vida universitaria, allá por los tiempos de la monarquía, cómo una muchacha intentó hablar en una asamblea de estudiantes y tuvo que callar bajo una lluvia de piropos. Aún con mayor elegancia, Ortega y Gasset nos cuenta su propia reacción ante unas mujeres atrevidas que quisieron ultrapasar los límites de su propia sexualidad:

«Siendo yo joven, volvía en un gran transatlántico de Buenos Aires a España. Entre los compañeros de viaje había unas cuantas señoras norteamericanas, jóvenes y de gran belleza. Aunque mi trato con ellas no llegó a acercarse siquiera a la intimidad, era evidente que yo hablaba a cada una de ellas como un hombre habla a una mujer que se halla en la plenitud de sus atributos femeninos. Una de ellas se sintió un poco ofendida en su condición de norteamericana. Por lo visto, Lincoln no se había esforzado en ganar la guerra de Secesión para que yo, un joven español, se permitiera tratarla como una mujer. Las mujeres americanas eran entonces tan modestas que creían que había algo superior a "ser mujer". Ello es que me dijo: "Reclamo de usted que me hable como a un ser humano". Yo no pude menos de contestar: "Señora, yo no conozco ese personaje que usted llama "ser humano". Yo sólo conozco hombres y mujeres. Como tengo la suerte de que usted no sea un hombre, sino una mujer —por cierto espléndida—, me comporto en consecuencia».

Lo importante aquí, claro está, no es tanto la actitud del joven Ortega, que debía de sentirse un tanto aturullado ante la exigencia de diálogo en términos de igualdad de la bella sufragista, cuanto que es el filósofo que escribe en 1949,

quien aduce este ejemplo para explicar que en la mujer todo es sexo. Y ahí está la diferencia entre el hombre y la mujer, nos explica, ya que el **ego** masculino olvida el **hermano cuerpo**, mientras que el ego femenino es su propio cuerpo. Y sin poder evitar las formas atávicas del piropo, Ortega y Gasset concluye: «En este hecho veo yo una de las raíces de donde emerge, sugestivo, gentil y admirable el espléndido espectáculo de la feminidad». («El hombre y la gente», José Ortega y Gasset.)

La teoría es simple y cómoda de entender: El varón civilizado se ha librado de la identificación con su propio sexo y esto le ha permitido realizarse como persona y organizar el mundo a su alrededor, acumular capital y distribuir influencia. Esta teoría, que se halla ampliamente expuesta en Hegel —el moralista genial de la sociedad capitalista—, nos permite comprender por qué la mujer no es persona, sino simplemente un ejemplo más o menos afortunado de su específica sexualidad. Dicho con vocabulario hegeliano, la mujer es especie y el hombre individuo. Y en la tradición hispana del piropo —nos explicaba el doctor Pedro Font y Puig, de quien fui ayudante de cátedra—, hallaremos la conducta ejemplar del varón diferenciado ante la llamada de la especie irredenta que es la mujer. Toda mujer, insistía el doctor Font, siente la satisfacción de ser plenamente su sexo cuando un hombre, al pasar por su lado, le lanza el más perfecto de los piropos: **¡Eso es una mujer!** La mujer así jaleada tiene que sentir entonces la plena satisfacción de ser ejemplo y paradigma de su propio sexo.

Contesté en aquel entonces al doctor Font y Puig que, cuando esto sucedía, y sucedía a menudo dado el clima mental de nuestra tierra, yo daba por supuesto que, en el varón piropoeador, se habían despertado los apetitos indiferenciados de su propia sexualidad, y que para satisfacerlos le servía cualquier mujer: yo o la vecina de enfrente. Sonriente, pero con rigurosa consecuencia de filósofo, el doctor Font me explicó que mi particular interpretación era debida al hecho de poseer yo una inteligencia masculina. Hegel lo había explicado muy bien: Sólo el deseo del hombre se expresa como voluntad de elección; el deseo de la mujer acepta la elección y reconoce en el hombre que la ha elegido **el marido**, o sea, aquel que le dará los hijos que su sexualidad reclama. Y la mujer, siga citando a Hegel, que prefiere este hombre a otro, demuestra no poseer un carácter ético puro.

La identidad **mujer-sexo** y la función social de la mujer como sexualidad es privativa de la clase burguesa. Al margen, sin identificar, molestas en su modo de ser excepcional, existirán las mujeres campesinas y el proletariado feme-



nino. La burguesía elaborará su propia moral de clase, a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII, y modelará el prototipo de mujer que hemos dado en llamar femenina. De niña la encerrará en un convento, donde cultivarán su ignorancia con esmero, y de allí pasará a su función gestante, gracias a la cual su horizonte doméstico se reducirá al clima más o menos afortunado de la alcoba.

La moral burguesa que se forjaba en las tierras hispánicas, como en el resto de Europa, en el tránsito del medioevo al renacimiento, es decir, en el paso de una economía agrícola estable a una economía

comercial que inicia el proceso de acumulación original capitalista, encuentra en la encrucijada del barroco español su expresión perfecta. Podemos ver, a través de la literatura barroca castellana, cómo la mujer va siendo encerrada en su determinación sexual, en su pasividad trágica, mientras el hombre asume el monopolio del libre albedrío. Y ello con una crispación, una angustia, fruto sin duda de la inadecuación de la nueva moral sexual y la realidad de la conducta. Enajenada de toda responsabilidad, la mujer se convierte en pura motivación de tensiones masculinas. El amor, la espléndida de la unión

carnal desaparecen del temario. Se alejan en el tiempo los amores apasionados y enteros de Tirant y Carmesina, de una sensualidad gloriosa; se desconoce el cántico de la posesión mutua de Calixto y Melíbea, último alegato de protesta; queda únicamente a la superficie la cuestión de la honra, quehacer social y masculino.

Don Juan ocupará más tiempo en sus lances con los hombres que ha deshonrado —padres, maridos, hermanos— que en su unión carnal con las mujeres víctimas. La rapidez con que Don Juan salta de la cama después de haber desflorado a su víctima, su versión de la

virilidad como acumulación de lances amorosos, su énfasis retórico que exige un público que aplauda son exponente de los nuevos valores que la sociedad burguesa pone en auge: sanción pública, acumulación de bienes, sacrificio del placer.

Calderón lleva a sus últimas consecuencias la determinación de la mujer como sexualidad pura, naturaleza enemiga en donde el varón, espíritu puro, lucha, a mano armada, para salvar intacta su honra. La mujer desaparece en el barroco español y en su lugar se propone su imagen sublimada o degradada: la santa o la prostituta.

El hombre del barroco, el varón angustiado por la fragilidad de su honra, que se apoya, como sabemos, en la opinión de los demás y no en las propias virtudes, sólo tiene un sistema para garantizar la limpieza de su frente: encerrar la mujer entre cuatro paredes y que no la vea nadie, mientras él deambula por la plaza contando sus fechorías eróticas. Américo Castro sostiene una sugestiva teoría: La dialéctica de la honra que culmina en el teatro calderoniano no tiene nada que ver con el tema amoroso, este es sólo una amable metáfora para explicar lo que era la constante obsesión del hombre nuevo, los procesos de limpieza de sangre. El hombre español de la rica Castilla colonizadora tenía que estar demostrando continuamente su **hombria**: la más leve acusación, la mínima sospecha le convertía a él en sospechoso, y, tras el proceso, perdía el cargo en la Administración, el beneficio eclesiástico, la procuraduría en la Corte, la cátedra en la Universidad; en definitiva, la cédula de libre circulación por el orbe hispánico. Nadie puede escribir una tragedia cuyo argumento sea el temor de perder un empleo lucrativo —dice Castro—, y por ello, la literatura española se llenó de lances de honor, bajo simulado tema amoroso. Lo cierto es que la aguda interpretación de Américo Castro no hace más que iluminar con mayor claridad el valor social de la sexualidad y explicar por qué la mujer, identificada a su función de objeto erótico, es propiedad particular del hidalgo, elemento integrado a todas las demás cualidades públicas que cimentan su fama: dinero, títulos, influencia.

La mujer tiene que llegar al matrimonio virgen, desde luego, pero sólo muy de paso se preocupa la moral burguesa de su virginidad, ya que se da por supuesta. La virginidad de la mujer, condición social necesaria para garantizar la legitimidad de la herencia, es tema esencial de una sociedad agrícola estable. El romancero, que nos conserva intactos los estilos de vida de las antiguas naciones de España, nos habla de venganzas, de muerte y de repudio; de doncellas atrevidas y livianas, de comadres lascivas, de doncellas que van a la guerra y de las damas que escogen galán. En el universo jerarquizado del medioevo, el varón rige su hacienda y exige fidelidad a la mujer, ya que esta es la única garantía de su herencia, pero no es la opinión ajena lo que modela su dignidad. El romance santanderino de la esposa infiel nos cuenta:

¿Quién es ése que en tu cuarto
sin el mi permiso entró?
Al verse ya descubierta,
de rodillas se postró.
—Mátame, marido mío,
que bien lo merezco yo.

—No te mato, no, mi vida,
no te mato, no, mi amor,
que mientras vivas vencida,
venciendo yo siempre estoy.
Y con la faz descompuesta,
de su casa la sacó,
y la sacó por un brazo,
y a su casa la llevó.

La antigua ley que ha establecido el núcleo familiar y la posesión de la tierra prevalece, pero en el ámbito de esta ley la mujer arriesga a conciencia su permanencia en el orden. La infanta que demuestra no poseer un carácter étnico puro, según Hegel, escoge su placer y arriesga su reputación:

—Gerineldo, Gerineldo,
mi camarero florido,
quién te tuviera esta noche
tres horas a mi servicio.



Don Juan ocupará más tiempo en sus lances con los hombres que ha deshonrado —padres, maridos, hermanos— que en su unión carnal con las mujeres.

Y la Dama de Tremp escoge sin rubor el caballero que quiere robarla:

Dotze cavallers,
dotze camarades,
son anats a Tremp
a robar una dama.
Quan ja son a Tremp,
sola l'han trobada.
Sola en el balcó,
que a la fresca estava.
—Senyora Isabel,
voleu ser robada?
—Robada en seré,
si el lladre m'agrada.

Doce caballeros,
doce camaradas,
se han ido a Tremp
a robar una dama.
Cuando están en Tremp,
la han encontrado sola.
Sola en el balcón,
tomando el fresco.
—Señora Isabel,
¿queréis ser robada?
—Seré robada,
si el ladrón me gusta.

Al hablar de la tierra gallega, Alberto Miguez hace una referencia al tópico de la «facilidad» de la mujer gallega: «En cuanto a la estricta mentalidad prenupcial, que exige la virginidad en la mujer como muestra suprema de honradez, no siempre se da, como en la meseta castellana, en su más rígida interpretación. La virginidad tiene importancia en el campo gallego

obediente. El burgués puede decir, en elogio cínico de su esposa, la frase que se atribuye al pequeño burgués catalán: «La meva senyora, que es una santa...». («Mi señora, que es una santa...».)

En la España del machismo y la autoridad paterna, «El sí de las niñas», de Moratín, pudo ser prohibida y aclamada como obra revolucionaria.

Pero hoy, después de los frustrados intentos de feminismo, ¿cuál es la condición de la mujer? Libre ya, y en plena crisis el mito de la virilidad, aun cuando persistan, como fósiles ejemplares, los piropos callejeros, ¿cómo siente y vive la condición de su sexo?

No necesita ya conocer su cuerpo desde dentro, como decía Ortega y Gasset. Una ingente literatura, que llena los quioscos, que se vende en fascículos profusamente ilustrados, la informan que su sexo, desde el órgano único que se inicia en el feto, llega a la perfección de su aparato genital diferenciado. Sabe si ha sido capaz de asumir su plena condición de hembra, que tiene derecho, como cualquier varón de la tribu, a su parte activa en el acto sexual. La educación sexual se propaga desde las escuelas ricas y progresistas hacia las menos afortunadas. Sólo que, como dijo Wilhelm Reich en «La revolución sexual», esta educación: «Se caracteriza por las siguientes propiedades: llega siempre a destiempo, actúa secretamente y esencialmente no considera el placer sexual. De las contradicciones de la situación se desprende que actúan con más consecuencia quienes están contra toda educación sexual. Se les tiene que combatir porque son enemigos de los resultados científicos; sin embargo, en cierto modo son más claros que los reformistas espiritualizantes que creen de verdad que cambian la situación con sus aclaraciones».

Porque la verdad es que la muchacha de hoy descubre su propia sexualidad sin salir de ella. Todo lo contrario, permanece en ella, co-reada, exaltada por los «slogans» que le dedican los agentes de la sociedad industrial avanzada. Mezclados con los piropos callejeros, puede leer en las revistas femeninas: **Ser mujer es un arte. El está enamorado de su pelo, porque... Depilarse es un placer, sí... Triunf ha hecho algo para cuando usted no quiere ponerse nada...** Se han debilitado sus represiones, la tensión ante el secreto de su propia sexualidad ha cedido, convirtiéndose en fetiches los objetos, bloqueando la propia sexualidad en un estadio casi infantil, que se manifiesta en una constante satisfacción autoerótica en forma de consumo y de exhibición.

La mujer española no se ha liberado aún de la autoridad del padre y del marido, y ha pasado ya a depender de los manipuladores de

La identidad y mujer-sexo la función social de la mujer como sexualidad es privativa de la clase burguesa. Al margen, sin identificar, molestas en su modo de ser excepcional, existirán las mujeres campesinas y el proletariado femenino.



la sexualidad. Aquello que se le ofrece como libertad es la imposición de un comportamiento previamente planeado, que se fija prematuramente. Necesidades instintivas y coerciones sociales se identifican para conducirla a la función genérica que le ha asignado su clase. Veamos un ejemplo reciente de la tramoya de esta manipulación, que ha sustituido la coerción familiar contra la que se revelaba la protagonista de Moratín (en 1806), y que por ello fue denunciado una y otra vez al Tribunal de la Santa Inquisición.

En la Alemania Federal, el «trust» Springer posee las siguientes revistas: «Eltern» (para esposas jóvenes de la clase media), «Twen» (para jóvenes solteras de la clase media), «Bravo» (para jóvenes de la clase media inferior y capa social baja), «Das Neue Blatt» (para matrimonios resignados procedentes de las capas sociales inferiores), «Hör Zu» (no específico de ninguna clase).

La revista «Bravo» y la revista americana «Teen» son las encargadas de organizar este año, en Berlín, el Teen Princess Pageant. ¿Qué es una teen? Una muchacha con físico actual, en su edad, estudiante o no y de espíritu abierto. Cada teen, previamente elegida, acude representando una revista de su país. Portugal, «Diario de Lisboa»; Filipinas, «Beauty World»; Austria, «Kronen Zeitung»; Inglaterra, «Blackpool Gazette»; Venezuela, «Elles»; Sudáfrica, «Personality»; Norteamérica, «Teen»; Bélgica, «Sabena Revue»; Grecia, «Fantasio»; Suiza, «Blick»; India, «Femina»; Israel, «La Isha»; Ecuador, «Telegrafía»;

Irán, «Zan-e-Ruz»; Francia, «Madoiselle Age Tendre»; Noruega, «Are Runt»; Yugoslavia, «Plavi y Jesnek»; Luxemburgo, «Revue»; Alemania, «Bravo», y España, «Telva».

Programa del encuentro: estreno del film de los Beatles «Let it be», Cenas. Concurso de fotografía. «Party» rural. Paseo en barca por el río Havel, entre lanchas americanas y rusas, mientras en la barca la paz suena en ritmo «ye-yé». Larguísima «tests» a las teen: ochenta preguntas. Pruebas de vestidas. Baile, en el cual un cuerpo de rosenkavallars escoltan a las 21 teen. Final: elección de Teen Princess Pageant. Epilogo: los editores de «Bravo» reúnen a todos los periodistas representantes de las citadas revistas para hablar del teenager como consumidor. «Bravo» presenta datos, ofrece cifras, especifica qué compra y qué no compra la juventud e invita a los demás países a cotejar sus particulares datos.

Este es uno de tantos ejemplos, podríamos ofrecer muchos más. Todos ellos nos llevarían a una misma conclusión: la moral burguesa encerró la mujer en la alcoba, y, a pesar de las apariencias (en vez de la piel pálida de las bellezas decimonónicas está de moda el bronceado), la mujer sigue existiendo como sexualidad. El derecho al placer la ha convertido a la obsesiva cuantificación del lance erótico. En el mejor de los casos, la píldora antibaby la ha liberado del terror a la maternidad, de los abortos trágicos y de la imagen pobrecita-ñiña-soltera-abandonada, pero el mundo a su alrededor sigue exigiéndole el papel de esposa y de aman-

te. Ya no arriesga la vida en sus escapadas de adúltera, y la promiscuidad se considera de buen tono en las capas privilegiadas de la burguesía. Libro de copiosas maternidades, puede ser, como diría Ortega, «espléndido espectáculo» más allá de los límites de la menopausia, pero lo coerción social la atrapa en los más estrictos límites de su sexualidad. Y no tardaremos en ver circular, en manos de la burguesía más ilustrada, un manual, traducido del americano, claro está, que explique cómo evitar que la esposa se divorcie, descubriendo al ignorante marido todas las zonas erógenas del cuerpo femenino. El protagonista de «A secreto agravio, secreta venganza», de Calderón, se hubiera evitado angustias y ajetreos de haberlo sabido.

Nos llega la noticia de las americanas rebeldes contra el lavado de cerebro sexista. Los sesudos varones de nuestra tierra nos anuncian que nada hay que temer, porque se trata de un fenómeno típicamente americano. La verdad es que si realmente fuera un movimiento revolucionario dejaría de ser inmediatamente americano en exclusiva; lo grave es que tiene las trazas de ser un intento reformista. El sexo no es dato biológico, sino social, y la mujer, en el área del neocapitalismo, permanece irremisiblemente en su condición específica de hembra. A su paso por las calles de las ciudades españolas puede oír el piropo perfecto: «¡Eso es una mujer!» y puede leer, gracias a las traducciones de las editoriales progresistas, el sabio consejo del bit americano: «Muchos orgasmos e hijos sanos para la patria».